

De esas sotanas, líbrenos Dios...

Laura E. Asturias

Diario Siglo Veintiuno (Guatemala), 2-IV-2002

Quisiera no tener que escribir sobre este tema, pero dada la casi total invisibilidad que le aqueja, conviene insistir, sobre todo porque estos hechos ocurren en todos lados y es mejor estar alertas.

Y es que no deja de sorprenderme que, a diferencia de la amplia cobertura que los medios en otros países dan a casos de abuso sexual cometido por hombres comunes y miembros del clero, los perpetrados por estos últimos pasan casi desapercibidos en Guatemala. El año pasado, cuando en el mundo se supo de las violaciones sexuales por sacerdotes contra monjas y otras mujeres en por lo menos 23 países, ello no levantó ni una nubecita de polvo en nuestro suelo.

¿Por qué en esto calla la prensa nacional? ¿Será por miedo a la iglesia y sus poderosos aliados? ¿Quizás la clásica “solidaridad de género” que tiende a disculpar los crímenes sexuales perpetrados por hombres? ¿O tal vez por esa actitud de “como no fue mi hija (o hijo), mi hermana, mi esposa...” o de “eso no nos concierne pues ocurre en otros países”?

Hace poco, un guatemalteco residente en Estados Unidos me alertó acerca de los más recientes escándalos allá, que involucran a por lo menos 80 sacerdotes acusados de abusos sexuales contra cientos de niños. No es novedad. Desde hace años se sabe de ello, sobre todo a partir de 1992, cuando el periodista Jason Berry publicó el libro [*No nos dejes caer en tentación: Sacerdotes católicos y el abuso sexual de niños*](#),* en el que documentó numerosos de tales casos. El actual escándalo se debe a que hoy son tantas más las víctimas que están denunciando las agresiones sexuales que han sufrido a manos de clérigos.

Muchos de esos abusos se habrían evitado si alguien de la iglesia hubiera hecho lo correcto: denunciar a los criminales. Pero las autoridades eclesiásticas callaron durante años. En Boston, al ahora ex sacerdote [John Geoghan](#), sentenciado el pasado febrero a 10 años de cárcel, se le acusó de haber abusado de más de 130 niños desde 1962. La iglesia lo sabía, pero simplemente lo reubicó en distintas parroquias.

Práctica común sobre la cual Berry alertó hace tanto tiempo: los superiores de los curas abusadores se limitan a trasladarlos de una comunidad en la que se empieza a sospechar lo que hacen, a otra donde por lo general también tienen contacto con niños. Obviamente, para la iglesia nunca han merecido la menor consideración las víctimas de esos sacerdotes. Y lo más vergonzoso es que sólo empiecen a importarle cuando las demandas legales lastiman su bolsillo. Por el caso de Geoghan, la arquidiócesis de Boston llegó a un acuerdo extrajudicial para pagar unos 30 millones de dólares a víctimas de este abusador. También en Irlanda, el pasado enero la iglesia acordó pagar 110 millones de dólares a víctimas que durante décadas sufrieron violencia sexual a manos de clérigos.

Las cosas no terminan ahí: apenas el 20 de marzo trascendió que la arquidiócesis de Miami les pagó a varios hombres para que retiraran sus demandas por abuso sexual contra [Joseph Cinesi](#), ex párroco de la iglesia de Saint Jerome en Fort Lauderdale. Y dos sacerdotes, uno de Baltimore ([Thomas Rydzewski](#)) y otro en St. Louis, Missouri (no identificado), recientemente fueron capturados, junto a otros 87 hombres y una mujer, todos integrantes de una red de pornografía infantil.

En ocasiones, quienes se sienten indignados o amenazados por la denuncia de estos hechos me han mandado a informarme y cuanta cosa se les ocurre para no ser conscientes de lo que es obvio. Hoy les invito yo a visitar en Internet las incontables páginas que documentan los abusos sexuales de sacerdotes católicos contra niñas y niños. Y si esa asquerosa realidad les ofende, por favor dirijan sus quejas al Vaticano (o su agencia local). Es allí donde corresponde empezar a corregir los agravios.

* Berry, Jason. [*Lead Us Not into Temptation: Catholic Priests and the Sexual Abuse of Children*](#).